



El sonámbulo.—¡Pero qué difícil es bajar la ca pota de este automóvil!

Dib. BERGSTROM.—París.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —


ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

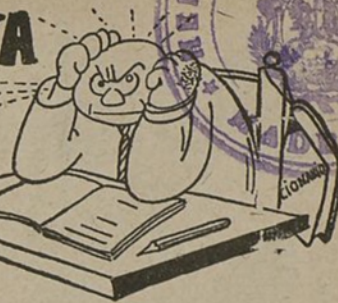
BAMBU



LOS TAMOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^ª
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

7.—Es más que valiente.

E 1000 CAUDAL

8.—Con su suegra y sus cuñadas.

S
50 XX A
CASAS

9.—Charada.

Es más *segunda tercia* que Quasimodo; pero tiene de *prima tres* la garganta. y con tanta *segunda* canta, que *todo* se queda silencioso al oír que canta.



UN DEPORTISTA

—¿Ha estado usted ya condenado veinte veces?

—Veinticinco, señor juez. Yo concuro para el campeonato de robos.

(De *L'illustration*, París.)

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

10.—Dejó el negocio.

P ya a
POCA ARES

12.—No llegó a casarse.

S
1606601
VIEJO
500 500
ROGAR NOTA LISTAS

13.—Charada.

—En un *todo* tan chico esa excursión algo *primera dos* tal vez saliera.

—No tengas aprensión, porque conozco la costa en cuestión de *primera tercera* a *dos tercera*.

14.—Ayer, por causas muy justificadas.

EN FAVOR
TTTTTTTT

—El jefe de la oficina asegura que todos los hombres son hermanos; pero nos trata muy mal.

—Se reserva el papel de hermano mayor.

(De *Caras y Caretas*, Buenos Aires.)

11.—No pude conseguirlo.

50 X 1000
RIO
SENDA



La voz del gramófono.—¡Te quiero! ¡Te adoro!...

La solterona.—Habla primero con mamá...

(De *Dorfbarbier*, Berlín.)

Perfumeria "Belleza"



PARIS y BERLIN
gran premio y medallas de oro

Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA (Registrado)

DEPILATORIO BELLEZA

Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, nuca, etc., sin perjudicar al cutis por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia alguna. Único que ha obtenido Gran Premio.

RHUM BELLEZA y SIRIO BELLEZA (contra las canas).—Usando uno cualquiera de estos productos desaparecen poco a poco los *cabellos blancos*, devolviéndoles su color primitivo natural con tanta perfección y disimulo, que nadie lo advierte. No manchan ni la piel ni la ropa. Son una novedad científica, pues su acción es debida al *OXIGENO* del aire. No contienen *NITRATO DE PLATA*.

TINTURA WINTER, marca BELLEZA.—Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente natu-

AGUAS DE COLONIA, marca BELLEZA

ROSAS Y CLAVELES.—Reproduce el perfume intenso de los rosales de España, a la vez que la delicada fragancia del clavel blanco.

AROMAS DEL MONTE.—La más alta concentración, perfume incomparable, aristocrático, intenso y varonil.

FLOR SELECTA (extra - añeja).—Constituye un incomparable *bouquet*, fino y de gran fijeza y originalidad.

DE VENTA en Perfumerías y Droguerías.

En MEJICO: Cuspinera Forrellad y Morera, 6.^a calle del Pino, 233.—En BUENOS AIRES: Rogelio Mars, González Díaz, 669.—En LISBOA: Luciano Lourenzo, Avenida da Liberdade, 18
En PANAMA: Pedro Pujolás, Farmacia Española, calles B y 13 Oeste.

AVISO. Cuando no halle en su localidad el producto que usted desea, pídalo a los Fabricantes, ARGENTE HERMANOS, San Isidro, 13, Badalona (España)

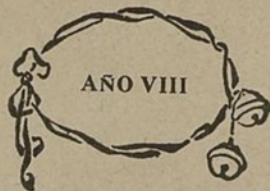
rales e inalterables. Pídanla *negro, castaño, oscuro, castaño natural y castaño claro*. Es la mejor, más práctica y más económica.

CREMA ANGELICAL CUTIS (líquida) y **ALMENDROLINA BELLEZA** (pasta-espumilla).—Dan al cutis blancura natural y finura envidiables *sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza y distinción (*blanca, rosada y Rachel*).

LOCION BELLEZA.—Con perfumes de frescas flores. *Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva.

BRILLANTINA BELLEZA.—Da brillo, elegancia, perfume y suavidad al cabello, no es grasienta ni pegajosa, ni se enrancia.

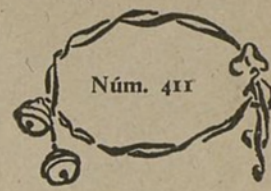
Fu
Pir
Y
Po
nes l
(Lo
En
tinen
perdi
La
Pir
bres.
¡Y
y cu
pued
cong
Lo
Las
bel 1
pilfa
tres
¡Gra
¡F
arre;
ra
(Que
¡L
igua
La
joya
to h
enca
ticip
"Ta
reali
ñar
E
ta"
Esp:
to "
Aho
son
Gre;
dien
mu
vos



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 13 de octubre de 1929



CHARLAS DOMINICALES



FIESTA de la Raza!...
¡El descubrimiento de América!...
¡Menuda carambola!...
Es decir: *carambola*, no.

Fué una "partida de Palos"...
Pinzón salió con "la Pinta".
Y puso el *mingo*.

Porque, en realidad, fueron los Pinzones los que hicieron la cosa...

(Los Pinzones y Juan de la Cosa.)

Entre todos nos dieron el nuevo Continente, que, poco a poco, habíamos de ir perdiendo luego.

La aventura fué maravillosa.

Pinzón llevaba tan sólo *cuarenta* hombres.

¡Y "Colón?... ¡Colón, treinta y cuatro!"... Realmente, no se puede hacer con *menos* elementos conquista tan grande...

Los gastos no fueron muchos. Las alhajas empeñadas por Isabel no daban para grandes despilfarros. ¡Total: dos sortijas, tres pulseras y un *pendantif!* ¡Gracias a que... tanto monta!...

¡En aquella época todo se arreglaba con tan despreocupada *rase!*... ¡"Tanto monta!"... (Que quería decir algo así como "¡Lo mismo da!", "¡Me es igual!" o "¡A mí, Prim!")

La reina mandó *pignorar* sus joyas; preguntó luego: "¿Cuánto han dado por ellas?"... Y el encargado de la operación, anticipando una cifra, contestó: "Tanto monta"... (Unos *seis mil realitos*, sin derecho a reempeñar las *papeletas*.)

En recuerdo del "tanto monta" *pignorativo* se creó luego en España "tanto Monte"... (¡Tanto "Monte de Piedad y Caja de Ahorros"! Y desde entonces son muchas las *Isabeles* y las *Gregorias* que empeñan los pendientes para descubrir nuevos *mundos*, o para alimentar nuevos *maletas!*... ¡La raza!...

Muy justo es que los pueblos, llegada esta fecha, conmemoren aquel magno acontecimiento. Y levanten estatuas a Colón.

Nuestra Corte quiso levantarle una tan alta que el insigne gallego pudiese ver las Indias desde lo alto de su pedestal. Don Cristóbal ve, en efecto, desde la "Casa de la Moneda" madrileña, buena parte de Cuba y de Puerto Rico...

Y si Madrid hizo eso, nada digamos de Barcelona, ciudad condal en la que el ilustre nauta cuenta con una estatua, un hotel, un paseo y varios *bares* que *osentan* su nombre.

Casi todas las plazas españolas exhiben hoy un monumento colombófilo. ¡Y es que un Veragua siempre está bien en cualquier plaza!...

¡Viva el siempre tenido por genovés, aunque ahora resulte natural de Vigo!...

Su hazaña nos hará famosos a los españoles durante siglos y siglos.

Jamás se ha comprado un *mundo* por tan poco dinero.

¡Claro que después nos salió la aventura un poco cara!... (¡Y un poco *carambola!*) Pero no importa. La gloria de aquel descubrimiento no hay quien nos la quite.

¡A los demás pueblos esto les produce una rabia infinita!... ¡Les da mucha *Rá-bida!*... (¡Que tomen el "suero Pasteur"!)

BUEN HUMOR no podía permanecer indiferente ante la actual efemérides. BUEN HUMOR lleva un puñado de rosas a la tumba del navegante *casi solitario*. Y se *descubre* con respeto ante quien tanto *descubrió*.

Aquel suceso guarda, para todos, una gran enseñanza...

¡Lo efímero de la Gloria!...

Colón salió de Palos, y a *palos* volvió a su patria. (Y si no a palos, por lo menos prisionero.) Cuando, de regreso, le pasaron revista, Colón venía cargado de cadenas. (Fué aquella la primera "Revista de Cadenas" que se vió en el Teatro de Lisboa.)

¡Nadie confíe en su buena estrella!...

¡Colón murió en Valladolid, en la única compañía de Gil García, el marinero!... ¡Solo y en Valladolid!... ¡Pobre almirante!...

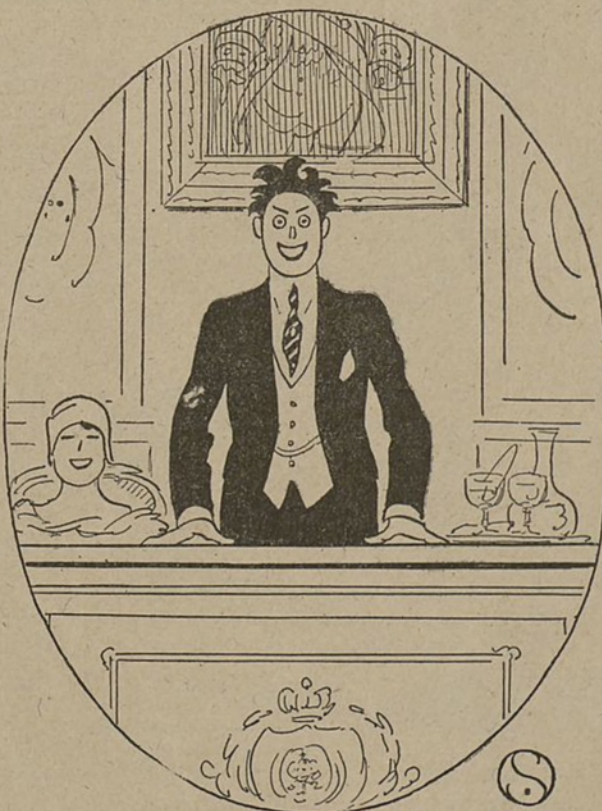
En su *testamento* otorgaba "un marco de plata para un mendigo judío"...

¡Positivamente, don Cristóbal era hebreo de origen!

¡Bastaba contemplar sus narices para asegurarlo!

¡Colón, en todos los retratos que de él se conservan, exhibe un apéndice nasal capaz de hacer feliz al doctor Asuero!...

¡La raza!...



Dib. SILENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA

Con ocasión de la fiesta del libro

La lógica amargura de los autores del mismo

Cada vez que se celebra la fiesta del libro, mi generoso corazón se sumerge en un mar de tristeza, mis ojos azules se ponen negros de llorar y rotundas y terroríficas pesadillas me inutilizan el sueño reparador y me frustran el ronquido armonioso, que es la mayor diversión de mis hijos.

Ustedes tal vez no se expliquen la razón de que yo me ponga en tan lastimoso estado cada vez que se celebra la fiesta del libro; y, sin embargo, la cosa es tan lógica como que un

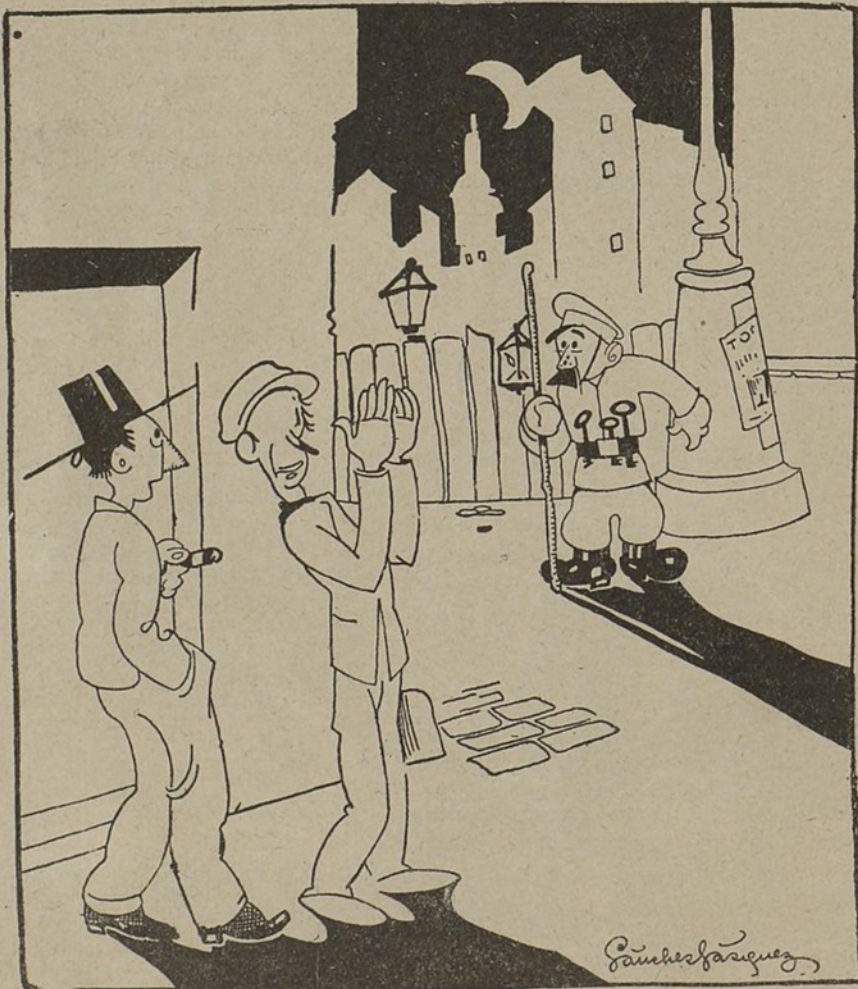
guardia de la porra gaste porra y como que Romanones no gaste nada. La fiesta del libro es una fiesta triste, porque en España no hay quien compre un libro ni aun amenazándole de muerte y degollina; y porque, si algún excepcional ciudadano se decide a comprar uno después de un millón de dudas y vacilaciones, resulta que ya no vuelve a comprar otro ni aunque le maten efectivamente.

Los intelectuales sesudos y ciertos académicos pistonudos proclaman que

el amor al libro se demuestra comprándolo. A esto objetan las personas vulgares que el amor no hay necesidad de demostrarlo de esa manera, pues bien claro está que se puede amar a una mecanógrafa o a una taquillera del Metro sin que el susodicho amor le obligue a uno a ofrecer seis pesetas por una de esas señoritas, esté encuadrada o esté des Encuadrada, que es como suelen estar las taquilleras y mecanógrafas después de las ocho horas legales de su honrado trabajo. El amor al libro, por lo tanto, estará suficientemente probado con acariciar al libro o con darle un dulce beso, cosa que no cuesta tantas fatigas como soltar los veinticuatro reales mencionados. Es más: el mismo hecho de la fiesta del libro parece que no nos exige que pasemos de la caricia o del ósculo; porque, si se trata de "hacer fiestas" al libro, nada más natural que limitarse a esas dulces pruebas de cariño. Yo, por ejemplo, suelo hacer fiestas a mi criada, y no la pago más que su salario indiscutible, y eso que la pobre chica tiene más buena pasta que el libro que mejor la tenga.

Pero, no obstante la irrefragabilidad de todas estas razones, queda en pie la dolorosa conclusión estampada al comienzo de estas líneas: la fiesta del libro tiene que entristecer al escritor porque el libro no se vende. Le pasa lo mismo que a ese baúl mundo que hace diez años vocea un contumaz e iluso industrial transeúnte, que el infeliz va gritando: "¡el baúl mundo se vende!", sin haber caído todavía en que lo que sucede es todo lo contrario: que no se vende "ni pa Dios".

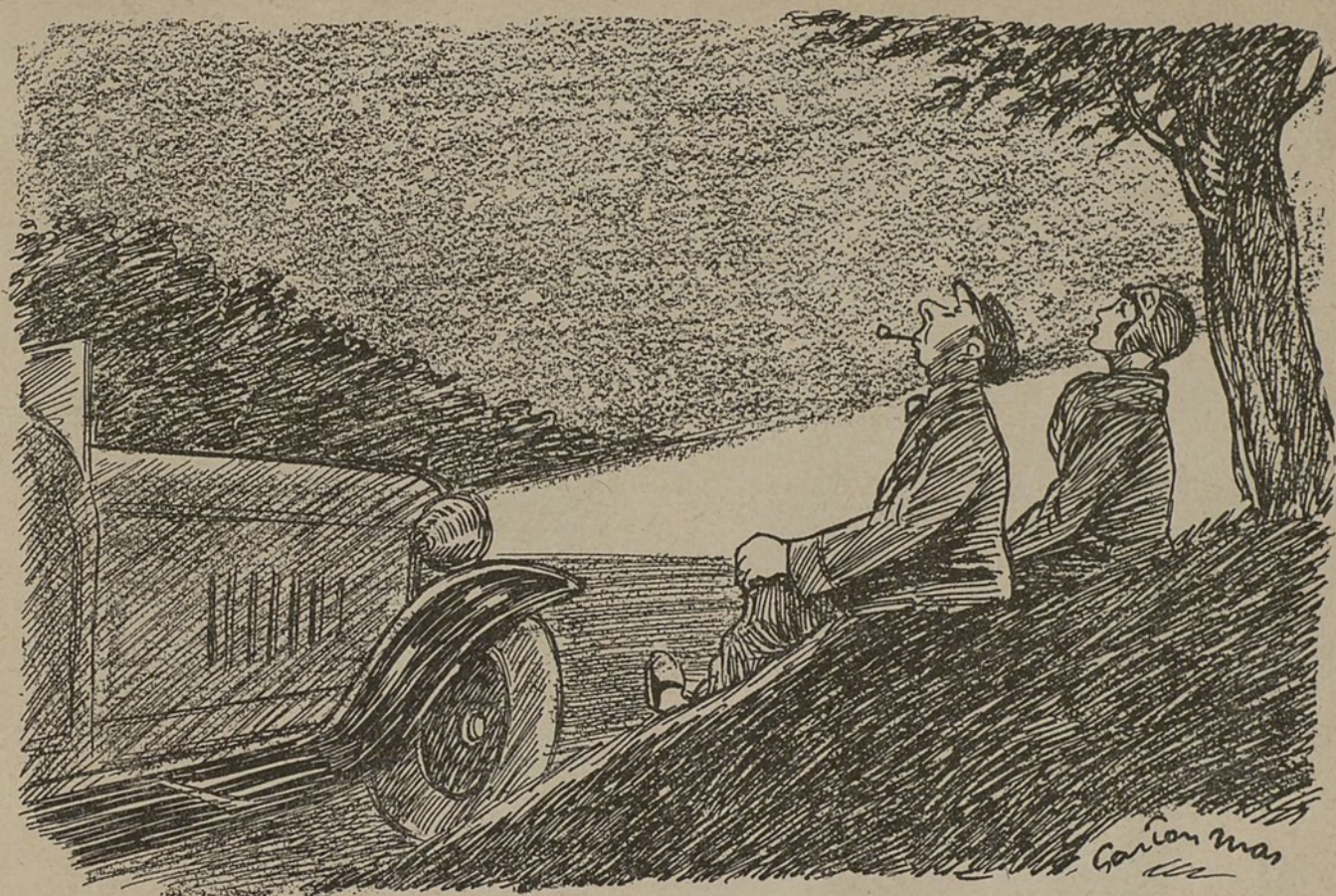
Debemos confesar que, aunque poco, algo se ha adelantado con la celebración de la repetida fiesta del libro. La gente se ha avergonzado unas miasmas de su desdén hacia las obras maestras del genio humano, y, por lo menos durante el transcurso de la fiesta, suelen venderse algunos ejemplares de los libros más famosos, como son las guías de ferrocarriles, los calendarios zaragozanos para el año que viene, los indicadores de los cuartos desalquilados que hay en Madrid y bastantes libros de cocina que, por cierto, son los únicos libros que tratan de algo serio y considerable para la Humanidad, dicho sea con perdón de los que no tienen qué comer.



—¿Y por qué dices que le llaman al sereno el "Niño de la Palma"?
—Porque para que abra una puerta hay que darle una ovación.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Sevilla.

Pe
mos
ra,
el
mód
card
Eug
mos
actu
que
lanc
Veg
gazi
cari
dad
Chi
ostr
Es
otro
mo
que
es
mo
El
mo



—¡Ay! Qué autódromo más estupendo se haría en el anillo de Saturno.

Dib. GASTON MAS.—París.

Pero de los otros, de los que solemos llamar de vaga y amena literatura, de los libros comprendidos entre el Quijote y los Lirismos Espasmódicos de Buscarini, pasando por Ricardo León y pasando las negras por Eugenio d'Ors; de esos libros, repetimos, la gente no se acuerda; y, si se acuerda, es para que no se la olvide que ha resuelto no comprarlos ni de lance. La vaga literatura de Lope de Vega o de Hoyos y Vinent, y la holgazánísima ídem del supradicho Buscarini, le tienen al público tan sin cuidado como la forma de gobierno de China y como la forma en que las ostras se hacen el amor en Arcachón. Es doloroso, pero es así. Por eso nosotros, que somos algo linceos, no hemos hecho ningún libro todavía. Porque sabemos que, por desgracia, no es lo mismo decir "cinco pesetas tomo" que decir "tomo cinco pesetas". El día que se pueda decir esto último dará gusto decir lo primero; pe-

ro, hasta entonces, decir lo primero solamente es no decir nada, y no digo más, porque me parece que basta con lo dicho.

Y no crean ustedes que este pesimismo que nos está invadiendo ante la fiesta del libro es una cosa gratuita e injustificada. Al contrario: se apoya en hechos dolorosos e incontrovertibles. En el último año se han publicado en España diversas y notables obras, de las cuales se han expandido un número de ejemplares tan risible como para estarse revolcando por el suelo siete horas, presa de la hilaridad más espantosa que pueda confeccionarse.

Recordemos algunos:

El ilustre novelista Fredegundo de la Tortilla no ha encontrado más que tres compradores para su obra "Doroteo y Teodoro", y eso que es la única novela capicúa que se ha publicado en el mundo.

El eximio poeta Astolfo Guarrancio

sólo consiguió un parroquiano para su tomo de versos titulado "Tomillo del monte", a pesar de la notable rebaja que se hizo en el ejemplar cuando el editor cayó en la cuenta de que no podía considerar como un tomo a un libro que sólo se llamaba "Tomillo".

El egregio humorista Casimiro Martínez Posma, gracias a su popularidad y a los elogios de los críticos, llegó a la fabulosa cifra de siete ejemplares, despachados en once meses, de su última obra "El barbero de Sevilla durante la Exposición", la primera que ha escrito en andaluz, a pesar de la reciente muerte de su abuela, que le dejó tan apenado que no estaba para nada. Si hubiera vivido su abuela, habría seguramente aumentado en tres o cuatro ejemplares más la cuantía de la venta, porque la pobre señora hacía unas críticas tan imparciales de la labor de su nieto que le animaba a cualquiera para realizar el insensato acto de la adquisi-



CINE PARLANTE

El director de escena.—Señorita: Cuando la bese el galán tiene usted que decir muy fuerte: “¡No, no!”

La “estrella”.—¡Ay! Eso me va a salir muy mal, porque no lo he dicho nunca.

Dib. CUESTA.—Paris.

ción. Esto explica el creciente número de enemigos que tiene Casimiro. Todos ellos han comenzado por reexpedirle sus libros, después de leídos, con una nota manuscrita que decía: “¡pa tu abuela!”...

El eminentísimo doctor Sergio del Proqacio, con su obra cumbre “La eugenesia y la magnesia”, se ha tenido que conformar con cuatro únicos

lectores, uno de los cuales se tiró por el Viaducto con el tomo en el bolsillo, según algunos maldicientes, para hacer más peso y llegar más pronto al suelo. Desde luego, lo consiguió, porque llegó hecho magnesia; y no llegó hecho eugenesia porque eso ya era más difícil, y porque con llegar hecho magnesia tenía ya suficiente.

El preclaro sociólogo Ruperto Cis-

cante no pudo colocar más que tres ejemplarcillos de su profunda obra “Las naves de los Estados”, escrita en Las Navas del Marqués. Hay quien dice que la obra es una cosa que también se hace en Las Navas con tradicional frecuencia.

El esclarecido vate Isidoro Mugidor no ha pasado de dos ejemplares de su libro “Tres cantos a Finlandia”, y se ha dado con un canto en los pechos porque esperaba menos.

Y así podríamos seguir enumerando casos aterradores, si no fuese por temor a dormirles a ustedes blandamente con la enumeración.

Pero lo que no queremos, ni debemos, ni podemos pasar en silencio es el inmerecido, amarguísimo y criminal fracaso de que se ha hecho víctima a nuestro formidable compañero en la Prensa, el atildado, prudente y católico escritor Epifanio Calaceite.

Este hombre ilustre, y por todos conceptos barbilampiño, ha dado a luz la obra más vigorosa y más económica que ha salido de caletre humano desde que pasan tranvías por la Fuentecilla. Se trata de una novela de tan evidente y brutal realismo que, a su lado, no resulta real ni un cuproníquel. En ella se pinta de mano maestra el caso de la mujer que, abandonada por la Sociedad, cae en el fangal del charleston y de los cubiertos de a dos pesetas sin vino. La obra se titula, ¡claro está!, lo único que se podía titular una obra así: “¡¡Vendida!!”

Pues bien, no se ha vendido de ella ni un solo ejemplar, lo que se dice ni uno solo. ¡Nada! ¡Ni ésto! ¡Qué no se ha vendido, señores; repitémoslo para vergüenza de todos! ¡¡Que no se ha vendido!!...

¿Y saben ustedes por qué?
¡Pues por el título!

Todos los que pasaban ante los escaparates y veían que la obra decía: “¡¡Vendida!!”, salían con el siguiente estúpido comentario:

—¡Caray! ¡Está vendida! ¿Quién la habrá comprado?...

Y se alejaban, sin meterse en más averiguaciones.

¡El pobre autor no tuvo presente que cuando en un escaparate hay un automóvil o un piano-pianola con un letrero que dice “vendido”, no entra nadie con la pretensión de quererlo comprar otra vez!...

¿Por qué no podía pasar lo mismo con un libro?...

Consolémonos pensando que, si no fuera por eso, la novela de nuestro amigo estaría hoy más agotada que debe de estar la paciencia de mis lectores en este intolerable momento.

ERNESTO POLO

LA PRINCESITA, HISTORIETA DE FUENTE



—¡Mira; me parece que viene por allí la carroza de la princesa Esmeralda.



—Capitán. La carroza de la princesa Esmeralda está a la vista.

—Pues luchar como leones para cogerla viva, que por su rescate nos darán una millonada.



—¿...?
—¡...!



—Capitán. Usted verá lo que hace, pero en la carroza sólo venía esta señora, y dice que no se marcha como no la demos cuarenta duros.

Galimatías epigramático

¡Cuánto diera por verte, prenda mía,
dulce ilusión de mis dorados sueños!
¡Cuánto diera por ver tu hermoso
[talle,
tus brazos y tu cuello!...
¡Si fuera rey daría mi corona
por poder libertarte de ese encierro;
y si fuera ministro, la cartera
por atusar tu pelo!...
¡Tú me diste calor cuando, temblando,
maldecía el rigor del cruel invierno;
y, fiel a mi cariño, en tus bolsillos
guardaste mis secretos!...
¡Tus brazos son cadenas de ventura
y contigo orgulloso me paseo,

pues llevándote a ti, para mi dicha
es el mundo pequeño!...
... ..
No creáis que el que así se lamen-
[taba
era un galán que, enamorado y tierno,
añoraba de alguna chica guapa
los brazos níveos y su blanco cuello.
Hablabá así un sujeto que tenía
pignorado el gabán, en el momento
de pasar, aburrido y cabizbajo,
por la casa de préstamos.

Decía el tragón don Blas,
en un centro de recreo,
que el arrastre es lo que más
le entusiasma en el torero.
—¿Y por qué?—con interés
le dije.
—Pues es sencillo—
contestó—. Porque después,
¡venden cada solomillo!...

Aunque haya quien afirme, con voz
[profética,
que es una tontería la forma poética,
no hay para un alma triste mejor con-
[suelo
que ver a un sacerdote cortarse el
[pelo.

—Ayer no pegué a Mariano,
respondiendo a sus insultos,
por ese defecto físico
que inspira lástima a muchos...
—¿Y por eso te aguantaste?
—¡Claro! ¡Como es tartamudo!...

Amnésico perdido murió, ha poco,
el esposo infeliz de doña Gloria.
Y la viuda se empeña en decir misas
un día y otro día "a su memoria".
¿No es un tiempo perdido,
sabiendo que memoria no ha tenido?...

Viendo pasar el entierro
de un socio que fué muy pillo,
dijo uno: —¡El que va en la caja,
no es un muerto, sino un "vivo"!...

Grandes como las penas de la mise-
[ria
son los pies de mi amiga doña Eleute-
[ria.

Con resolución honrada
de hacer cara a tu enemigo,
le diste, Tiburcio amigo,
una horrenda bofetada.
Y tan valiente estuviste
que el otro así lo declara:
¡no sólo le hiciste cara,
sino se la deshiciste!...



—Vete hasta el pueblo y te informas de lo que hay por allí.
—¿Pero y si se enteran de que soy un espía y me cuelgan, mi jefe?
—No te preocupes. Cuando pasemos nosotros te descolgaremos.

Dib. OSCAR.—Madrid.

X. X. X.



DESPUES DEL CHOQUE.

- ¿Dónde está Juan?
 —Ha quedado debajo del coche.
 —Qué suerte tiene. Así no se moja.

Dib. GASTON MAS.—Paris.

¡PROTÉJAME DIOS!

¿Sabes, lector, lo que recuerdo hoy día?
 Que, además de Olivier (autor de muchas obras geniales, cual ninguna mía), que murió en Saint Gervais tomando duchas. Sol y Ortega, al volver del balneario de Vichy, falleció; Cánovas, muerto fué en el de Santa Agueda por cierto; Rochefort, en el de Aix, y... ¡qué canario! (esto es pájaro y ripio), ¡hasta la Paca en los baños murió de Carratraca!
 Y hoy me abrumba el pensar, lector amigo (aunque no está bien dicho que me abrumba) que mañana, y a fin de dar castigo a las tiernas caricias del reuma, me voy, como acostumbro, al balneario de Fortuna, y por Cristo y su calvario, que esto pone de punta mi cabello y me quita mi miaja de resuello; pues si es cosa de ilustres personajes fallecer en acuáticos parajes, ¿quién me dice que yo, que soy ilustre, allí no hallo una muerte clorurada, sódica y, además, nitrogenada,

que acabe con autor *de tanto lustre?*
 ¿Haré el último gesto allá en los baños, yo que en ellos conservo fe tan honda, que allí acudo puntual todos los años a dejarme los fondos en la fonda?
 Yo no sé si en el agua, que es esencia de Fortuna (y es agua jamás fría), pondrá término Dios a mi existencia, que va siendo *pesada*, por ser mía; mas, de todas maneras, pues me entona mucho el agua termal, y es necesario, me decido a pisar *mi* balneario, pase allí lo que pase a mi persona. Menos mal que hasta aquí ningún bañista, por fortuna, en Fortuna ha fallecido (exceptuando la perra de una artista que murió por nostalgia de marido). En fin, yo, si las dichas piden luchas, y las duchas convienen a mis chichas, desde luego me voy a tomar duchas, prefiriendo las duchas a las dichas.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

LA VENUS DEL CIPRÉS

Los sepultureros, el conserje, los acólitos y hasta los mismos curas del cementerio no la conocían por otro nombre.

Era esbelta, de un rubio de oro; se sostenía sobre unos pies inverosímiles; sus ojos, grandes y dormilones, hacían desear que la vida fuese un sueño.

El busto podía haberlo firmado Fidias; denotaba unas condiciones

en los modeladores, que pudieran haber optado al premio nacional de escultura.

Vestía de luto; su pena le llegaba a los tobillos. Era una pena muy grande.

A pesar de lo sagrado del lugar y lo triste de su continente, al verla los hombres deslizarse austera entre las filas de sarcófagos no podían reprimir una exclamación

admirativa; algunos llegaban al piropo, en un estilo de acuerdo con el recinto santo, pero propio al fin.

—¡Me llevaba usted al sepelio!

—¡Me muero por sus pedazos!

—¡Si quiere usted que nos entierren juntos yo corro con el mausoleo!

—¡Ay, quién pudiera inhumarle un ósculo en ese hoyo!—llegó a susurrarle un sepulturero.

Hasta un cataléptico dice que, al volver a la vida, cerca de ella, le musitó una lindeza.

Primero la creyeron viuda, luego huérfana, más tarde herida de un dolor fraterno, pues indistintamente se arrodillaba ante una sepultura de un marido, de un padre o de un hermano.

Tal vez—pensaban—será una mujer que se ha quedado sola en el mundo. No era nada de esto. A nuestra venus no la traía al camposanto ningún dolor, y a pesar de que la veíamos de negro, a nadie le llevaba luto. Pero las tocas de la viudez son tan sugestivas, la conmiseración es un vehículo tan a propósito para el amor, y el lugar tan adecuado para la conquista, que nuestra enlutada había urdido todo en su provecho.

Suspiraba al paso de los entierros, se anegaba en llanto ante las sepulturas vecinas, donde se arrodillaba un presunto viudo. Unas flores siempre al brazo estaban prontas a caer sobre cualquier sarcófago, guardando delicadamente un puñado de ellas para depositarlas en el mármol frío de la tumba al pasar del vecino orante.

A veces llegaba a llorar con los que veía anegados en llanto, y, en ocasiones, sus lágrimas y las del apenado vertían en el mismo charco.

Un día, por fin, se tropezó en el cementerio con un hombre apuesto y no mal parecido que también iba de luto.

Deambulaba, igualmente triste, entre las lápidas y suspiraba puesto de hinojos ante algunas de ellas.

Pronto uno y otro se miraron y reñieron sus flores y sus plegarias.



El.—¿Cómo ha sabido tu padre que ayer salimos en el auto?

Ella.—Muy sencillo. ¿Te acuerdas de aquel señor gordo que atropellamos? Era él.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

El no tenía nadie en el mundo y necesitaba del cariño, como las flores del calor del sol y el fresco del agua. Suyas eran estas últimas palabras.

En una sepultura, ante la que se postraban juntos, llegaron un día a sentarse. Las flores mortuorias adornaron el pecho de ella como una ofrenda de amor, y el ojal de él, por justa amorosa correspondencia.

Deshojando un idilio llegó a hacerse de noche en el cementerio y los fuegos fatuos asustaron a la venus, que buscó protección junto a su pareja.

Contraieron suspiros.

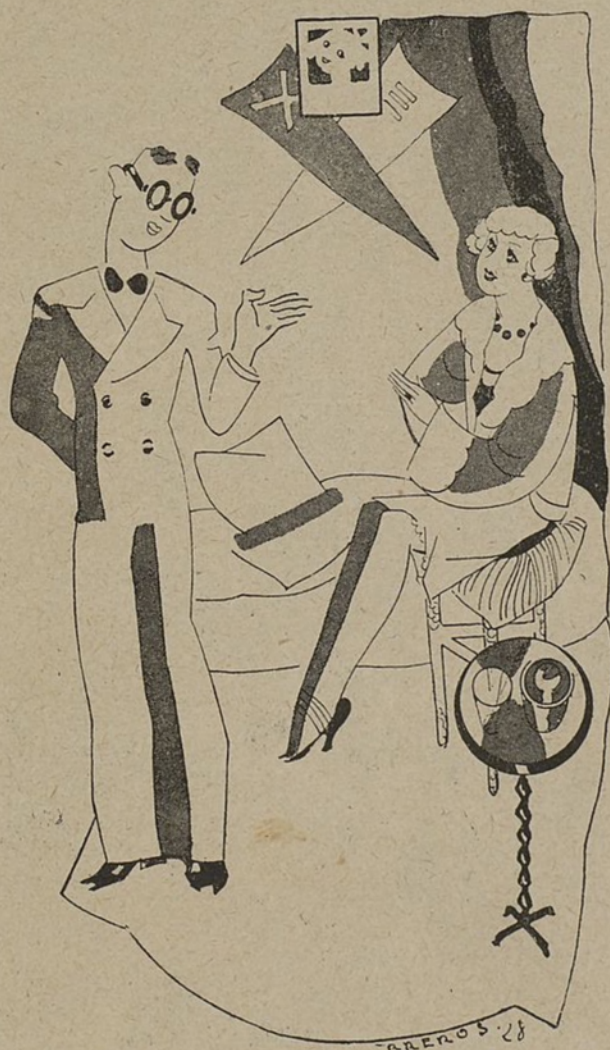
Cuando volvieron a la prosa de la vida se encontraron con que los dos habían ido a lo mismo: a resolver el problema de los garbanzos. El también buscaba un matrimonio de conveniencia que le solucionara su situación. Casándose, por lo tanto, no habían hecho más que sumar dos necesidades.

Como había que vivir y tenían los trajes negros, siguieron explotando el lado macabro, pero con la diferencia que lo hacían juntos. Fueron entonces dos huérfanos que lloraban

a dúo en los entierros, pedían permiso para echar una paletada de tierra en las inhumaciones, daban el pésame en los aniversarios y se encargaban del cuidado de las sepulturas.

Acabaron viviendo de la muerte. La guadaña para ellos era un sostén. El reloj de arena, el que les marcaba las horas de las comidas; el «de profundis», la canción que regalaba sus oídos; el redoblar de la campana de la capilla, lo que les anunciaba la entrada al trabajo.

Antonio PLANIOL

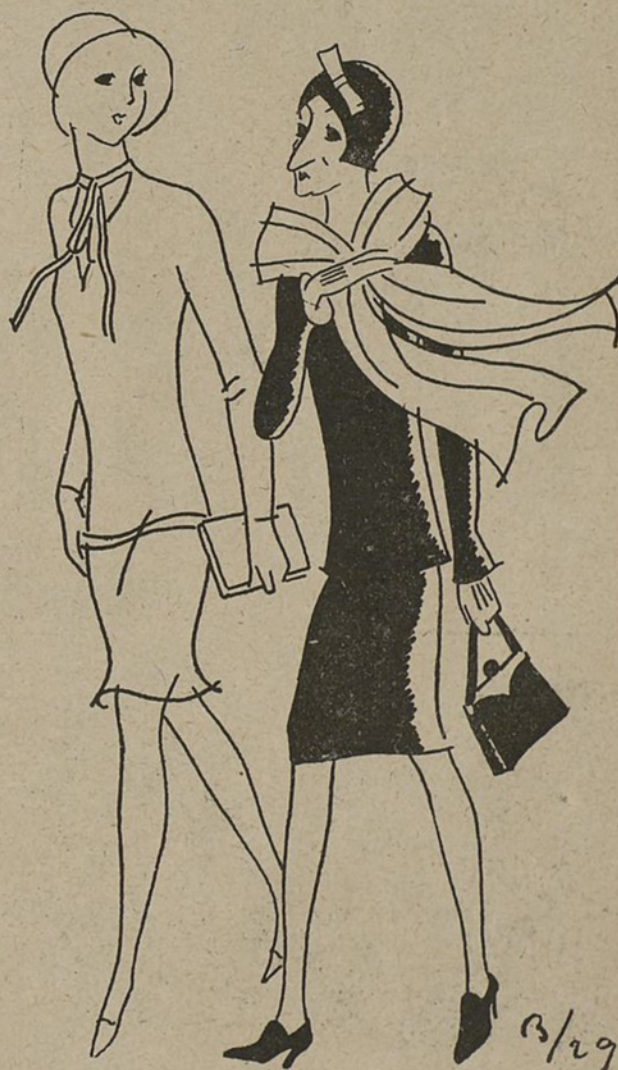


El.—¿Entonces hemos terminado para siempre?

Ella.—Para siempre. ¿Quieres que te devuelva tus cartas?

El.—Claro que sí. Creo que no están tan mal que no pueda utilizarlas otra vez.

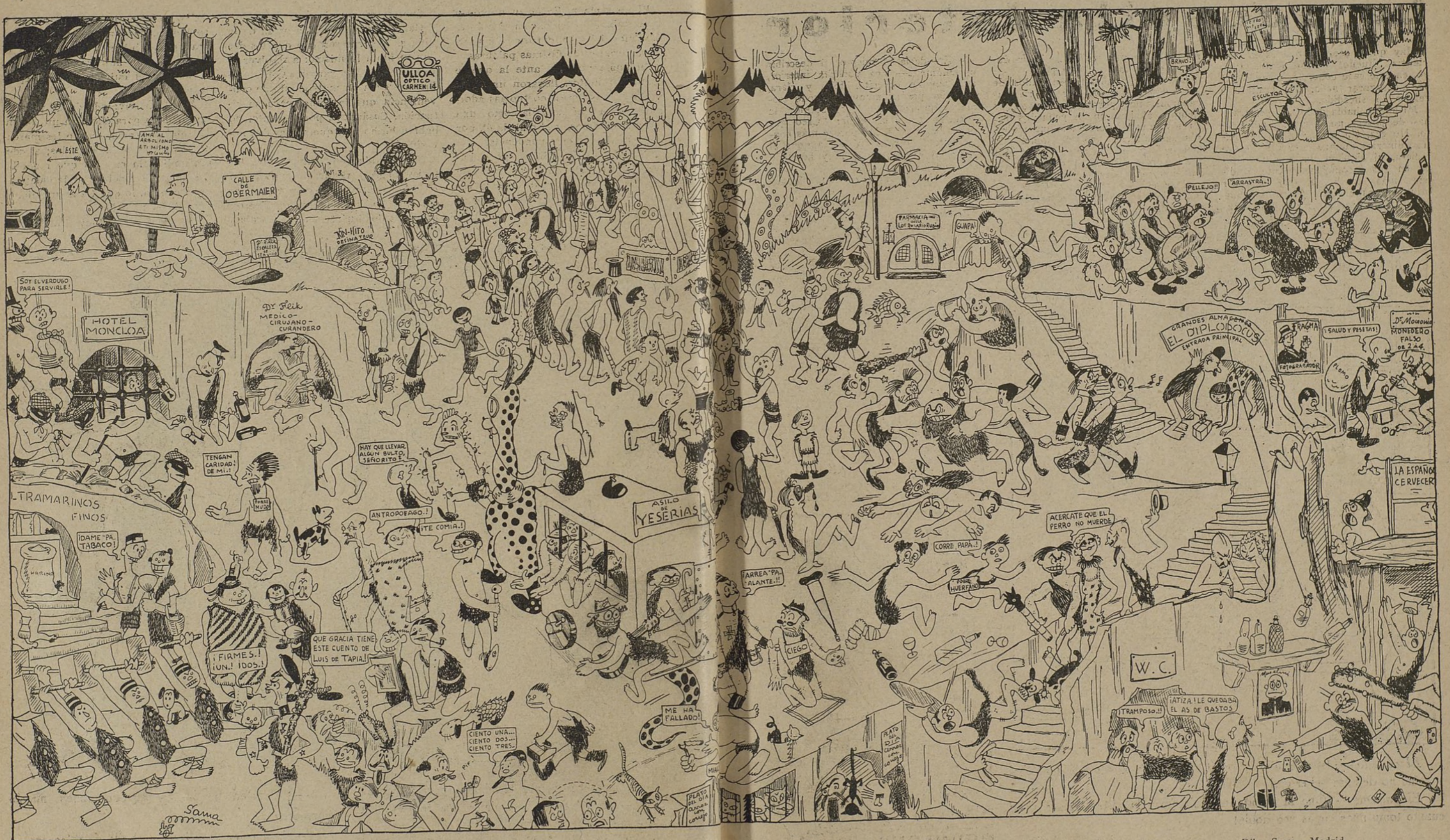
Dib. BERNAD.—Paris.



—¿A usted no la ha seguido nunca ningún hombre?

—Sí, una vez al salir de un baile de máscaras...; pero estaba disfrazada.

Dib. HERRERÓS.—Barcelona.



LA EDAD DE PIEDRA

Dib. SAMA.—Madrid.

La vocecita interior

Hay quien asegura que es la conciencia. Bueno, posiblemente. Pero yo, en este caso concreto, no me atrevo a asegurar nada. Me limitaré a referir lo sucedido.

Mi amigo había dado siempre pruebas de poseer un claro entendimiento. No era, sin embargo, un ser extraordinario, aunque a veces lo pareciera, ni siquiera un hombre rápido en sus resoluciones. Ante el dilema más sencillo, al que cualquier otra persona encontraría solución inmediata, mi amigo sonreía y murmu-

raba un "lo pensaré", que hacía dudar a quien lo conociese poco.

Los que estábamos enterados de los actos realizados por él, no dudábamos, no; porque sabíamos que siempre, al igual en los pequeños que en los grandes conflictos que pudieran suscitársele, tras de aquel "lo pensaré" y luego de transcurridas unas horas, mi amigo daba con la solución más adecuada al caso.

Y su vida era como una línea recta no interrumpida por el escollo de un error.

—Es—decía él mismo, al describir el fenómeno— una vocecita interior, una amable vocecita, débil y clara, que oigo perfectamente. En todo momento que necesite de su opinión, la vocecita se deja sentir: "Creo que debes hacer esto. Me parece más conveniente lo otro..." Y yo, aunque al principio no encuentre muy acertado el consejo, lo sigo...

—¿Y no se equivoca nunca la vocecita?

—Nunca. La vocecita es infalible. Además—añade mi amigo—, parece ser que me aprecia mucho. Me habla cariñosa y protectoramente: "Querido Eduardo... Vaya, no seas niño... Haz siempre lo que te diga, porque yo sólo procuro tu felicidad... No seas cabezoncillo..." Cuando dejo pasar algún tiempo sin consultarla, me llama: "Oye, Eduardín, ¿qué te sucede? ¿Estás disgustado conmigo? ¿Es que ya no me necesitas?" Y a la primera disculpa queda convencida y satisfecha: "Bueno, hombre, más vale así. No puedes imaginarte la alegría que me das. Yo es que, como llevabas una semana sin consultarme nada..." Otras veces, creyéndome apesadumbrado, procura distraerme con su charla y me refiere cuentos y anécdotas, o me hace recordar sucesos ya olvidados, o me recita poesías... Y si yo, a pesar de todo, persisto en mi tristeza, entonces la vocecita entona alguna cancioncilla deliciosa que termina por alegrarme.



El oculista.—Usted está muy débil de la vista a causa del alcohol y como no deje de beber cada vez verá menos.

El paciente.—¿Que la bebida es mala para la vista? ¡Pues si en cuanto tomo unas copas veo doble!

Dib. JOSÉ ALFONSO.—Sevilla.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



Luego, ríe conmigo. "¡Caray, hijo! ¡Qué trabajo me ha costado! Si no llego a cantarte eso de la "princesita cojitranca" que a ti tanto te gusta..." "Perdóname"—suplico—. Y ella accede: "Sí. Pero me vas a nacer el favor de no tomar las cosas tan a pecho, ¿sabes?, porque no hay motivo para ello." "Tienes razón—reconozco—; hago mal en preocuparme de esas nimiedades." "Pues claro que haces mal. La vida, generalmente, no es buena ni mala. Somos nosotros los que nos empeñamos en darla color, y unas veces cargamos los tintes claros y alegres, y otras, la mayoría, cargamos la brocha de tintes oscuros y..." "Es verdad, es verdad."

—¿Y te aconseja sobre todos los asuntos?

—Sí. No le oculto nada de lo que me sucede. Ella fué la que me previno que Andrés, no obstante su bonachón aspecto, era una mala persona, y la que me aconsejó que no me casase con Adelaida, y la que me indujo a que comprase aquellas acciones que inmediatamente ascendieron ocho enteros y me dieron a ganar unos miles de pesetas, y la que me ordenó que me mudase de domicilio precisamente un mes antes de ocurrir el incendio que lo destruyó por completo... ¡Cómo no consultarla y cómo no obedecerla!

—Es cierto—dije.

Y así, aconsejado de continuo por la vocecita interior, sabia y bondadosa, mi amigo vivió muchos años. Hasta que un día...

—¡Es horrible! ¡Estoy desesperado!—gimió al mismo tiempo que se dejaba caer junto a mí—. Creo que todo ha concluído y que, si aún aliento y me muevo, es porque en mi cuerpo todavía no ha hecho mella el dolor de mi alma.

—Pero ¿y la vocecita? ¿Y la canción de la "princesita cojitranca"?

—¡La vocecita!... ¡La vocecita!...

Ocultó el rostro entre sus manos.

—Escucha. Anoche, cuando os marchasteis de casa y quedé solo, mi primer cuidado fué consultar a la vocecita interior si debía aceptar o no el negocio propuesto por Vicente.

—Lo supuse. Cuando te oí decir que lo pensarías...

—Hacia dos semanas que no hablaba con ella. Temí que estuviera molesta por mi olvido. "La contentaré con cualquier pretexto, me dije. Y hasta la regañaré por no haberme llamado ella, como otras veces." No sé si te he dicho que yo acostumbro a llamarla "voz", así, sencillamente, lo mismo que ella a mí "Eduardo" o "Eduardito". Pues bien; al quedar solo dije: —"¡Voz!" Y esperé unos instantes. —"¿Es que estás disgus-



—Quería una fuente con algún adorno alrededor... un fileteito...

—¿Una fuente con un filete?... Aquí, en el café de al lao, se lo servirán bastante bien...

Dib. CASERO.—Madrid.

tada? ¿Por qué no me contestas?" —pregunté—. Y la vocecita no se dejó oír tampoco.

Me di cuenta de que algo extraño sucedía. Algo extraño y terrible a la vez.

—Perdóname, no seas rencorosa. Te prometo no olvidarte más. ¿Me oyes?

Hice una pausa y escuché. Nada. Únicamente... Sí; algo como un grito ahogado, como el esfuerzo de una garganta que intenta emitir sonidos y que no puede... ¡Era ella!

—¿Qué te sucede? Responde. Pero no me repuso.

Entonces, amigo mío, me di cuenta de toda mi desgracia: ¡la vocecita interior se había quedado muda!

Dijo así mi amigo. Yo intenté consolarle; pero no pude o, mejor dicho, no supe. Porque, lo único que en aquel instante se me ocurría, era recomendarle que visitara a un médico especializado en garganta, nariz y oído, pero me daba cuenta de que la medicina, hoy por hoy, es incapaz de curar a las vocecitas interiores que enmudecen.

José SANTUGINI

TRAMPANTOJOS

EL AMIGO DEL CIRUJANO : : :

Por ser tan amigo del célebre cirujano y por pura apuesta, abrieron por broma a aquel hombre intrépido, socio del círculo hacía muchos años, y que a las doce de la noche se tomaba dos «bisteks» con patatas y cuatro huevos, todo rociado por una botella de rioja.

Era el hombre que nunca había estado enfermo y que en treinta inviernos de socio del círculo no había dejado de asistir ni una noche, saliendo a pie para la casa a las cinco de la mañana.

Al abrirle, le encontraron el hígado hecho polvo; el bazo, inexistente; los riñones, salteados; tres barajas, y casi todas las tripas con estrangulación.

—¿Damos por visto todo esto?— preguntó el cirujano a sus compañeros.

—Lo mejor será que cosamos y que no nos acordemos de lo que hemos visto—dijo el médico, prudente.

EL QUESO HOLOFERNES

El autor dramático de los tiempos modernos estaba en el momento culminante de contrahacer la gran tra-

gedia. Había llegado en el diálogo dramático a la pregunta delirante y terrible que hace Judith a su azafata después de cortar la cabeza de Holofernes.

—¿Qué hago con esta cabeza?

El autor dramático buscaba en su cabeza sin cortar—ya la cortaría el día del estreno—, una contestación digna de aquella pregunta última, una contestación nerviosa sobre la que pudiese bajar el telón como guillotina máxima.

Por fin, en el arremato súbito de la inspiración escribió, la criada repuso:

—¡Funda un queso nuevo!

LOS MARINEROS ABOFETEADOS : :

En aquel desembarco los dos marineros más joviales de la tripulación se cogieron del brazo como muñecos de papel blanco recortados en la doblez del pliego, de ese modo conque con unas mismas tijeretas aparecen dos iguales y unidos.

En aquel nuevo viaje a la India se habían propuesto visitar el templo de la diosa de los muchos brazos.

Por fin dieron con el templo, después de utilizar la indicación de innumerables manos que, enderezando el índice en direcciones que se co-

rrespondieron, lleváronles al templo misterioso.

La diosa de los muchos brazos parecía bailar sus tarantela con mucho mal de la tembladera, y los dos marineros se dijeron al oído algo malicioso que les hizo reír.

La diosa, entonces, hizo un gesto indescriptible con sus brazos de la derecha y con los de la izquierda, y le dió a cada uno un bofetón sintético que deshizo la corona de muelas y dientes del lado correspondiente.

EL EJERCITO IMPONENTE

El nuevo tirano de la República de las grandes iniciativas quería tener un ejército que impusiese al del pueblo próximo y a los revolucionarios que pululaban en el interior del país.

En los cañones y ametralladoras no creían, pues ya estaban acostumbrados a su desfile constante y sonante.

¿Qué entonces?

El «Monitor» de una mañana publicó una orden del general presidente en que se ordenaba que todo el ejército usase gafas negras, y a los pocos días se vió un desfile horrendo, en que aquel ejército de mulatos con gafas negras parecía un ejército de moscas monstruosas que infundían un pánico mortal.

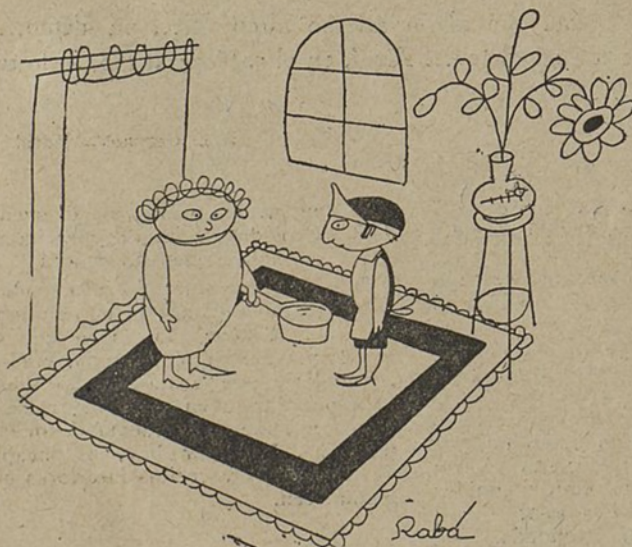
CONTERAS

Los relojes pulsera de los boxeadores son de duro metal y cristal de diamante.

Antes no tenía peligro el destapar el champagne contra el cielo, pero ahora hay que tener cuidado, porque se puede matar a un aviador.

En la cresta del gallo se está viendo la tijera del Creador dándole los últimos cortes.

R. GOMEZ DE LA SERNA



La señora.—
¿Dónde ha puesto
usted el huevo?

La criada.—¡Señorita, yo no he
puesto un huevo
en mi vida!

Dib. RABÁ.—Madrid.



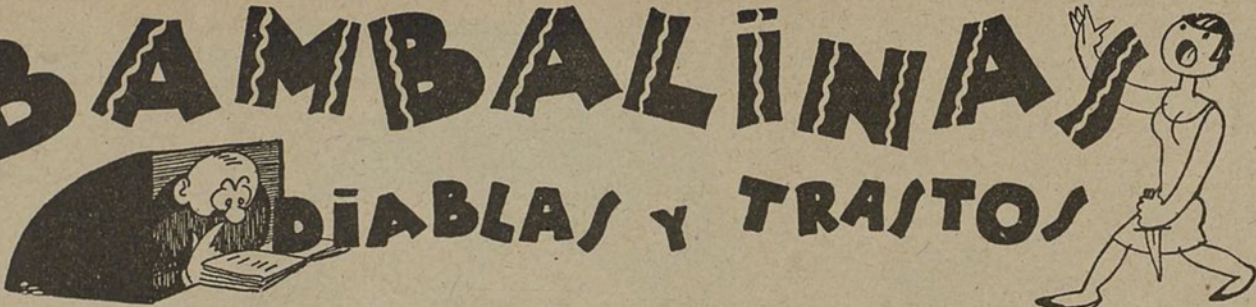
—Veo que es usted agradecido cuando le da las gracias a Dios.

—Se las doy siempre, porque me conserva la vida no obstante los condumios que me dan las almas caritativas.

Dib. AREUGER.—Madrid.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS



¿HAN MATADO A DON JUAN?

En el Alkazar, en lo que va de temporada, hemos podido presenciar el caso bonito y antiguo de aquel que buscaba sus quevedos y no los encontraba, porque los tenía puestos delante de los ojos y cabalgando en la nariz.

Hubo alguien que embarcó—nuevo Colón—para descubrir América otra vez, sin saber que aquí pudiera haber otra América mejor que aquella trasatlántica. Y es que solemos olvidarnos de que el autor de América es Colón; o sea, un hombre europeo.

Quien quiera una América nueva no debe buscarla allí, donde la otra; sino aquí, donde haya Colonos nuevos capaces de descubrir la América nueva de veras.

Las Américas de siempre ya se sabe el Rastro que han dejado; hay quien va a buscar gangas a ellas y algunas veces las halla; pero vale más el tiempo y el trabajo que se pierden en la busca que el beneficio que, al fin, pueda reportar el hallazgo.

Don Federico Oliver ha estrenado en el Alkazar una obra, *Han matado a Don Juan*, a nuestro juicio, modelo. Puede que no dé todo el dinero que debiera; estrenada meses antes hubiera producido mucho más, porque no se hubiera hallado el público como ahora se hallaba, con la impresión reciente de *La Araña de Oro*, obra que aun siendo inferior a esta otra, coincide con ella en determinados efectos. Pero el hecho de que esta comedia pueda acaso no ser un gran negocio, no quita para que sea modelo. El Hacedor, con ser el Hacedor, ha creado modelos admirables que no consiguen dinero en abundancia con sólo su condición estricta de modelo, y han de rebajarse y caer en lamentables concesiones al público si quieren hacer negocio.

No quiere decir eso que la obra de que hablamos no sea teatral y no reúna condiciones suficientes para eternizarse en los carteles. Si así fue-

ra no diríamos de ella que era una obra modelo. Y lo es.

Tiene un lunar: un postizo; ya sabemos que, actualmente, todo lunar es postizo. El juez habla demasiado. Y eso no debe ser. Un juez debe ser justo. Hablar lo justo. Y éste habla más de lo justo, mucho más. Concurrió, por lo visto, en este invierno a las Conferencias de Ortega, y cita a Hegel y a Nietzsche, y al propio Ortega y Gasset, y a Marañón, y a Electron, y a otros varios por el estilo. Más que un juez parece parlamentario, y esto—como todos saben—está mandado retirar. Todos los procesos—lo mismo los de la vida nacional que los forenses—se hacían lentos con el régimen parlamentario, y los procesos de este juez van por eso en ocasiones peligrosamente lentos.

Pero esto es accesorio, postizo, como hemos dicho; no atañe, pues, para nada a la contextura substancial de la comedia. Con arrancar ese lunar, que caería solito en el acto—en el acto y en los tres actos—a poco que se le empujara con la punta del lápiz, la obra quedaría sin el añadido, libre de lo que le sobra y sin que le falte apenas nada.

Oliver ha construido su comedia con el mismo sistema que los norteamericanos emplean en arquitectura al construir los rascacielos, pero que no emplean, no obstante, en las comedias; por lo menos en éstas que nos muestran: el sistema de ir superponiendo pisos varios, con actividades especiales cada uno, hasta conseguir una elevación considerable.

Los cimientos y los pisos primeros de la obra están dedicados a los escaparates de novedades y a los establecimientos comerciales. Hay que llamar la atención de las gentes y asegurar el lado práctico. En estos departamentos vemos comprendido todo cuanto se refiere al detectivismo sensacional y a la intervención de

actores repartidos por palcos y butacas según moda de la estación.

Luego vienen otros pisos, superiores; en ellos están las secciones de recreo y está la Dirección. En ésta se nos dice: "No se vaya nadie a figurar que tomamos en serio lo de abajo. No, no; ni tanto ni tan calvo. Todo eso que, en tantas obras nuevas constituye la vértebra esencial, la única, y en serio, la empleamos nosotros en crónica, para echarle la carne a las fieras, pero siempre elevándola a otros pisos: a estos del humorismo por lo pronto. Hay que atender al estómago, que está en la planta baja; pero sin olvidar está, por encima de eso, el corazón y la cabeza."

Por eso, encima de éstos, hay otros departamentos en la construcción de Oliver: la intervención pasional, emotiva de la obra, a cargo del hijo de Don Juan y de su novia. Pero aquí de la buena construcción: la ingerencia sentimental suele correr, en esta clase de obras, a cargo de una anécdota cualquiera que se añada allí de extranjis, a modo de intermedio o de trufa o de entremeses, que para nada están relacionados con el guiso fundamental: aquí no; aquí el asesinado es Don Juan, y es natural que en la tragedia de Don Juan, o mejor, del donjuanismo, adquieran las consecuencias—los hijos—la parte principal en la intervención anecdótica. El problema de los hijos es inseparable del problema del donjuanismo, del donjuanismo aplicado, por lo menos. Nada importa que Don Juan, a orillas del Guadalquivir y a orilla del sofá, diga en su Quinta andaluza a Doña Inés unas décimas de fiebre y de poesía. Debieran, por aquello de la Quinta, ser quintillas; pero, bueno; al fin y al cabo, una décima, en rigor, es una quintilla doble; y Don Juan derrocha siempre. Lo malo es cuando la décima se le convierte en terceto, y a más de Juan e Inés, aparece Don Juanito. ¿Qué hacer con los polizones obligados que aparecen,

indefectiblemente, en todos los raids de miel, interponiéndose entre dos y haciendo terceto el dúo? Don Juan es el amor a la mujer, pero no el amor al hijo. No digamos si hay, además de Juanín, una Inesita y si Don Juan...siempre inmortal y sin renegar de su historia...la mira con buenos ojos.

Este drama—importantísimo—es el que coloca Oliver en los pisos más altos de la obra para elevarla del todo.

Y, por último, el remate, lo que cierra y unifica la edificación en conjunto, la ideología total, vertebralidad de la obra. Aquí se nos presenta la prueba de que el autor es un autor de auténtica prosapia. Para la obra meramente ocasional de detectivismo misterioso podía haber bastado con que el muerto fuera uno cualquiera y un cualquiera. Para averiguar quien mató, daba lo mismo uno que otro. Pero siendo el muerto Don Juan, viene un gran concepción, de altos vuelos ideológicos, a insertarse en la trama policíaca, sin menoscabo para ella y sin la menor violencia.

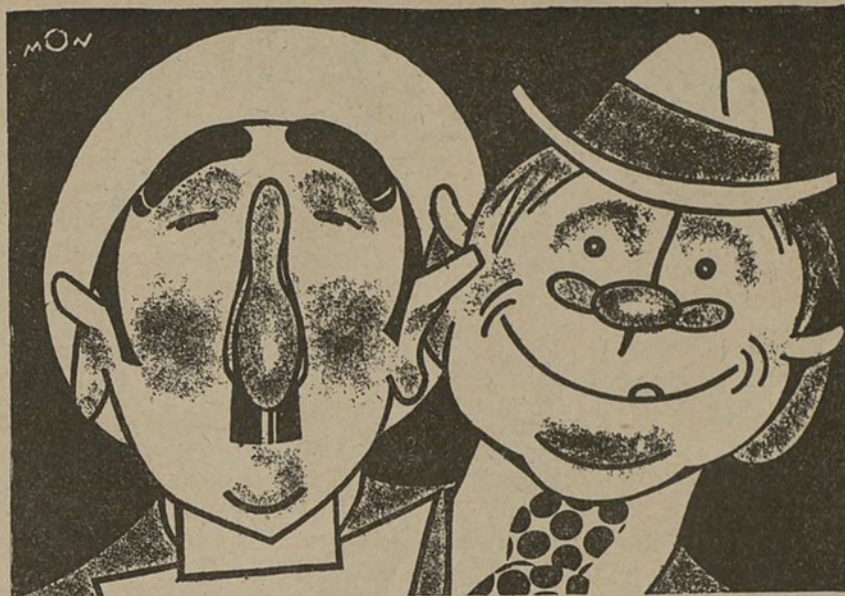
Siendo el muerto Don Juan, y no un cualquiera, la cuestión de "¿Quién mató?" no se reduce ya a una cuestión forense; es una cuestión que entraña otras preguntas: "¿Don Juan ha muerto, en efecto? Pero Don Juan ¿puede morir? ¿Quién puede matar a Don Juan", etc., etc.

Esta es una cuestión, como sabeis, de gran actualidad y de alta ideología. Algunas personalidades de estos tiempos vienen ya desde hace rato queriendo, efectivamente, matar a Don Juan. Estas personalidades son, generalmente, doctores en Medicina. En su calidad de médicos han recabado para sí el derecho exclusivo a diagnosticar y a matar al personaje. Para conseguirlo, y en uso de sus funciones doctorales, han hecho de un inmortal, un mortal; de un mortal, un cliente; y del cliente, una basura...

Pero ¿le han matado? ¿Quién? ¿Quién es el guapo?...

Esta es una cuestión de grandes vuelos y esa es la que se cierne en todo instante sobre la edificación de Oliver.

Para más claridad en el asunto, presenta el autor a punto, y con ingenioso pretexto, un contradictorio alegato, en pro y en contra de Don Juan, que el autor, con gran acierto, no resuelve. Lástima que este alegato, por parte del defensor especialmente, no



—No he podido acostumbrarme a montar a caballo; es una cosa que requiere mucha paciencia y yo pierdo los estribos muy fácilmente.

Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

sitúe con justeza, a nuestro juicio, la personalidad de Don Juan... Don Juan no es el superhombre, como, por ejemplo, dice el defensor, entre otras cosas: Don Juan, al superarse, se convierte: se hace, en todo caso, fraile; superhombre, no se hace. Del hombre o del infrahombre—Don Juan pasa al *Ecce Homo*.

Pero sea como quiera, construcciones de este tipo—ejemplar—no se ven todos los días.

La interpretación fué excelente. La Compañía del Alkázár está disciplinada y conjuntada con singular excelencia. Fuentes mantuvo su papel con una justeza admirable; Armet desempeñó el suyo con extraordinario acierto y María Banquer, Anita Siria y Társila Criado fueron las buenas actrices de siempre.

DOS ESTRENOS MAS

En el *Reina Victoria* y en el *Infanta Isabel* hay que registrar también, en la última semana, dos estrenos de gran éxito: *Pégame, Susana*, y *Atrévete, Luciano*; son, si no recordamos mal, los títulos de las obras estrenadas. *Atrévete, Susana* y *Pégame, Luciano*, forman con las otras dos obras de esta racha: *Levanta, Magdalena* y *Arsa, Pili*, el tute de obras de actualidad—o sea de dictadura; títulos de "orden y mando"—que nos han propinado hasta hoy en lo que va de temporada. No tenemos hoy espacio disponible para de-

dicar a estas dos obras la atención que merecen. Baste decir que una y otra. *Atrévete, Magdalena* y *Pégame, Susana*, obtuvieron éxito franco, y que la una es de Pedro Muñoz Seca y la otra es de Fodor, escritor húngaro, traducida por Tomás Borrás y Revesz. No dejaremos, empero, de dedicar unas palabras tanto a Josefina Díaz Artigas, como a la Sra. Larrabeiti. La primera encantó desde su aparición en la escena—la mejor—del primer acto, y la señora Larrabeiti—secundada por todos, pero muy especialmente por Carlitos Mendoza; la velada significó un triunfo pleno para el matrimonio—fué revelándose como actriz sorprendentemente admirable. Si Pedro Muñoz Seca, autor de la comedia, se había propuesto—como hubo de decir en unas declaraciones anteriores al estreno—hacernos ver que había en esta muchacha una actriz de cuerpo entero, consiguió por completo y superlativamente su propósito generoso. Todo lo tuvo esta actriz: alegría, juventud, apasionamiento, naturalidad, hondura en el sentir y, por añadidura, lo que ya conocíamos de ella: la belleza de su gentilísima figura y el gusto en el vestir, siempre exquisitamente notable. Pero ¡si sería excelente su trabajo, que estas condiciones admirables quedaron la otra tarde obscurcidas y en segundo término ante la labor de la actriz!

MANUEL ABRIL

DEL BUEN HUMOR AJENO

SANTA SUEGRA, por Sig.

Gastón, treinta y ocho años. Adela, su mujer, veintinueve años y catorce meses.

Doña Plácida, madre de Adela, cincuenta años menos un cuarto de año.

ESCENA PRIMERA

(Gastón, Adela, después doña Plácida.)

ADELA.—(Que escucha con el auricular del teléfono.) Es mamá, que dice si puede venir.

GASTÓN.—¿Cuándo?

ELENA.—Ahora.

GASTÓN.—Dile que será bienvenida y dale un beso de mi parte, hasta que pueda dárselo yo personalmente.

ADELA.—(Por teléfono.) Sí, mamá, puedes venir.

(Cuelga el auricular.)

GASTÓN.—Adoro a tu madre, y mi adoración no se ha debilitado después de diez años de matrimonio.

ADELA.—Querrás decir que es ella la que te adora a ti, y que como no eres malo la correspondes.

GASTÓN.—Todo sería perfecto si no fuera por el excesivo interés que demuestra por el estado de mi salud.

DOÑA PLÁCIDA.—(Entrando.) Bue-

nos días, queridos hijos. (Besa a su yerno y a su hija.) ¿Quieres dejarme cinco minutos con tu marido, Adela?

ADELA.—Sí, mamá. Además te quedarás a comer con nosotros.

ESCENA SEGUNDA

(Los mismos, menos Adela.)

DOÑA PLÁCIDA.—Mi querido Gastón. Os voy a pedir un favor, que espero me haréis.

GASTÓN.—¿De qué se trata?

DOÑA PLÁCIDA.—Necesito que me acompañéis a casa del médico.

GASTÓN.—¿Otra vez?... ¿Por qué?...

DOÑA PLÁCIDA.—Porque temo por vuestra salud.

GASTÓN.—Pero si estoy perfectamente bien.

DOÑA PLÁCIDA.—Estaremos más seguros después que el médico os reconozca.

GASTÓN.—Pero eso es ganas de tirar el dinero.

DOÑA PLÁCIDA.—No te importe eso. Pagaré yo.

GASTÓN.—¿Curioso capricho!

DOÑA PLÁCIDA.—No os pido el favor con urgencia. Podéis tomaros el tiempo que queráis, y cuando no tengáis nada que hacer, acompañadme a casa del médico. Os lo suplico.

GASTÓN.—Bien. Iré cuando queráis.

DOÑA PLÁCIDA.—¿Queda entendido?

GASTÓN.—Sí.

DOÑA PLÁCIDA.—¡Me sentiré tan feliz de saber que no hay nada que temer de vuestra salud!

GASTÓN.—Gracias. ¿Y cómo demostraros mi agradecimiento?...

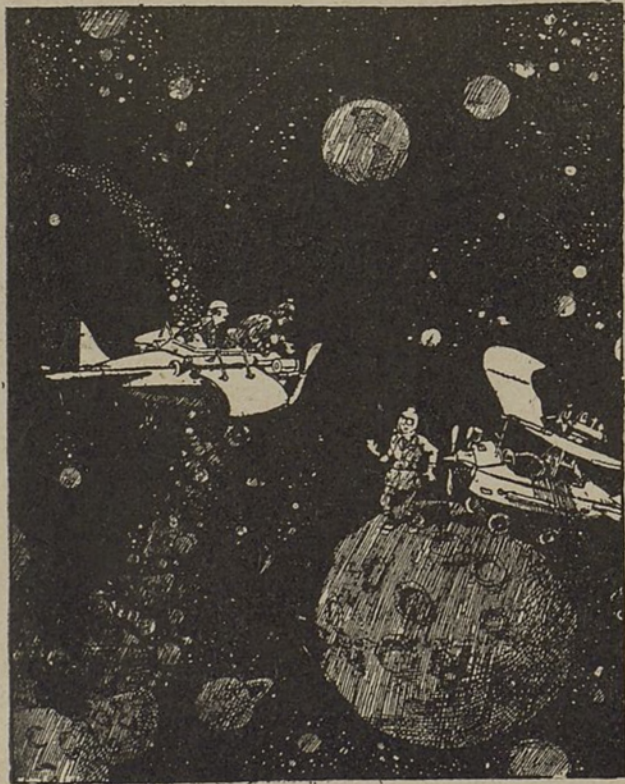
DOÑA PLÁCIDA.—Nada, nada. Lo único que quiero es que os sintáis bien y que viváis muchos años. Si vos murierais, moriría yo también. (Llora a lágrima viva.)

GASTÓN.—(Enternecido.) Querida mamá...

ESCENA TERCERA

(Los mismos y Adela.)

ADELA.—¿Lloras mamá?...



—¡Caramba! Qué suerte encontrarle a usted.

—¡Señor Durand! ¡Hay que ver qué pequeño es el mundo!

(De Cándide, Paris.)

GASTÓN.—Tu santa madre llora ante la idea de que yo pueda morir.

DOÑA PLÁCIDA.—Ama a tu marido, cuidalo, no lo contraries.

GASTÓN.—Noble mujer... Suegra incomparable. Iré con vos a la consulta del médico cuando queráis...

DOÑA PLÁCIDA.—Ese será el mejor regalo que podéis hacerme el día de mi santo.

ADELA.—Pero Gastón no está enfermo.

GASTÓN.—Eso mismo le decía yo a la adorable mamá Plácida; pero ella ha insistido, y nada puedo rehusarle.

DOÑA PLÁCIDA.—¿Seréis lo bastante amable para visitar a mi médico cada tres meses?...

GASTÓN.—No olvidéis que cobra cien francos por visita.

DOÑA PLÁCIDA.—Yo pago, yo pago... Y siempre que el médico os encuentre bien os haré un regalo.

GASTÓN.—Entonces enviadlo cada quince días... Adoro a esta mujer... (Sale.)

ESCENA CUARTA

(Doña Plácida y Adela.)

ADELA.—Hay momentos en que me pregunto si no te burlas de Gastón... En fin, que no es nada natural que lo quieras a él más que a mí.

DOÑA PLÁCIDA.—No lo amo más que a ti. No es a él a quien amo; es a su salud.

ADELA.—Viene a ser lo mismo.

DOÑA PLÁCIDA.—¡No!

ADELA.—Explicate.

DOÑA PLÁCIDA.—Es el secreto de mi vida.

ADELA.—¿Hay un secreto en tu vida?

DOÑA PLÁCIDA.—Sí... ¿Me juras que ese secreto quedará entre las dos?...

ADELA.—Te lo juro.

DOÑA PLÁCIDA.—Bueno. Pues sabes que la señora Débora...

ADELA.—¿La adivinadora?

DOÑA PLÁCIDA.—Sí, la impagable adivina...

ADELA.—¿Y qué?...

DOÑA PLÁCIDA.—Me ha anunciado diez veces que moriré quince días después que tu marido. Por eso le cuido...

P. L. M.



SENTIDO PRACTICO

(De Judge, Nueva York.)

Chistes de todo el mundo

(De Pages Gaies, Iverdon.)

—Cuando el Sr. Smith, estuvo a comer me dijo que yo era una mujer estupenda.

—No lo creas. También dijo que la comida era estupenda y ya viste que el pescado estaba pasado.

(De Hummel, Hamburgo.)

—¿Me hace usted el favor de la mostaza?

—Debe usted llamar al camarero

—Perdone usted, me he equivocado.

—¿Me ha tomado usted por el camarero?

—No; por un caballero.

(De Kasper, Estocolmo.)

El.—No digas a nadie que vamos a casarnos.

Ella.—Solamente a Lily. Siempre me ha estado diciendo que nunca encontraré un tonto que se case conmigo.

(De Lustige Sachse, Leipzig.)

El.—Por la mañana eres mi último pensamiento y por la noche mi primero.

Ella.—¿No estaría mejor dicho al contrario?

El.—No; soy sereno.

(De Fliegende Blatter, Munich.)

Aaron e Isaac heredaron a su padre, pero no sabiendo cómo hacer las particiones acudieron al rabino.

El rabino.—Encargo a Aaron la división de toda la propiedad. (Satisfacción de Aaron.) Y concedo a Isaac el derecho a escoger para sí la porción que más le agrade.



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indiquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SCL, 13.

Una portera corre a casa del doctor y exclama:
—¡Qué desgracia, doctor! ¡Mi marido se ha vuelto loco!
—¿Tiene alguna manía?
—Sí, señor. Tiene monomanía de grandezas; se le figura que le van a nombrar cobrador de tranvías.
Manuel Carbajosa (León).

¡Los hay testarudos!
Un baturro vino de un intrincado pueblo de la montaña a la ciudad con el solo objeto de presenciar una corrida de toros, pues no las había visto nunca.
Una vez que nuestro hombre se acomodó en el tendido, esperó a que empezase, mirando con curiosidad las muchas "cosicas" que allí había. El primer toro, apenas pisó la arena, se declaró completamente manso, huyendo de capotes, caballos y hasta de sus propios pitones. Los espectadores, sacando sus pañuelos clamaban indignados:
—¡Fuego, señor presidente, fuego!
El paleta, que hasta entonces estaba callado mirando con interés las incidencias de la lidia, al oír aquello levantóse de su asiento completamente descompuesto y se encaró con los espectadores:
—¡Pero, granujicas! Si hay fuego, ¿por qué os empeñáis en avivalo haciendo aire con el pañuelo?...

Alfonso Mari Martínez (Alicante).

Entre militares:
El sargento.—¿Por qué se come usted las palabras al hablar?
El soldado (que es andaluz).—

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

El dueño de una tienda de "ropa blanca", titulada "La China", comenta con el dependiente de su establecimiento la inauguración de otra tienda similar que han abierto una puerta más arriba y cuyo título es: "Neptuno. Ropas blancas".
El dependiente.—No se apure, don Eleuterio; el competidor nos hará poca "mella": en sedas, nadie como "La China"; para flecos, "La China"....
El amo.—Sí, pero en enaguas nos acribilla. Todas las señoras dirán: "¿Enaguas? ¡Neptuno!"

Carlos Atienza (Madrid).

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de
BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.
Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.

Pue mire uzte, mi zargento: por- han inducido a usted a tirarse a rí? que no me harto e rancho.
J. de G. C. (El Ferrol).

Intento de suicidio:
El comisario.—¿Qué causas le han inducido a usted a suicida.—Dis- gus's conyugales, señor comisa- rio. Mi mujer me contradice en todo; y cansado ya de que me



—Si te callas te doy una perra.
—Para pena, la que tengo...

(De Punch, Londres.)

lleve la contraria, me arrojé al río para que me llevase la corriente.

El carbonero (Madrid).

En el cuartel:
El sargento instructor pregunta a un recluta:
—¿Qué tratamiento tiene un general?
—Vuecencia.
—¿Y un coronel?
—Usia.
—¿Y un cardenal?
—Arnica.
Arsenio Vinagre (Madrid).

Un camarero, al decirle un señor que le despierte por la mañana, le dice:
—No tengo por qué despertarlo. El gallo lo hará por mí.
El huésped (distráido).—Bueno; póngalo usted a las cinco en punto.
P. P. La K. (Echevarria, Vizcaya).

CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito.
Modelos desde 2,85 pesetas.
ROMERO. — Fuencarral, 68.

El mendigo.—Soy literato, señor; he escrito un libro titulado "Las doce maneras de vivir sin trabajar".
El señor.—¿Y por qué pide limosna?
El mendigo.—Porque es una de las doce maneras.
Carlos de León.

—¿Cuál es el colmo de un pescador goloso?
—¡Pescar con caña de azúcar en aguas dulces!...
Hércules (Enguera).

En el piso segundo, un profesor de piano da lecciones a una joven. En el piso primero, un señor se pone a limpiar su pis-

tola, se le escapa un tiro, agujerea el techo y traspasa la mano del músico y la malga de la jovencita. Llega la Policía y te pregunta:

—¿Pero qué tocaba usted en el momento de sonar el tiro?

—Tocaba piano...

—¿Qué va usted a tocar piano! Usted tocaba *crescendo*.

Flor de Loto (Logroño).

El jefe.—Don Policarpo, ¿qué es lo que le ha pasado, que faltó ayer en la oficina?

Don Policarpo.—Pues, señor, que tuve una reyerta con mi suegra, que siempre me está recriminando ¡que si soy poco amante del trabajo!, ¡que no me gusta trabajar!, ¡que soy un vago! Y va y me da un golpe en la nariz...

El jefe.—Bueno; pero todo eso no es motivo para faltar a la oficina.

Don Policarpo.—Sí, señor; porque yo, enfadado ya, la dije: ¡Como se me hinchen las narices, no voy a la oficina!

Enrique Soto y Soto.

—Hijita, ¿con que no quieres casarte con Ricardo?

—No, mamá, porque es un incrédulo y dice que no existe el infierno.

—No te apures por eso; cástate, y ya verás qué pronto le hacemos cambiar de opinión.

José M. Conde.

Entre desesperados:

—Ná, que no pueo vivir, y yo me cargo a un tío pa comer gratis diecisiete años.

—¡Quita de ahí! Si haces una caricia a una señora en la Gran Vía, te banquetean toda la vía.

Fot (Zaragoza).

—Chico, voy a mandar un artículo a un periódico.

—A lo mejor te lo publican a los cuatro años.

—¿Y te parece poco tener un artículo publicado a los cuatro años?

Eusebio Alvarez Alzaga (Madrid).

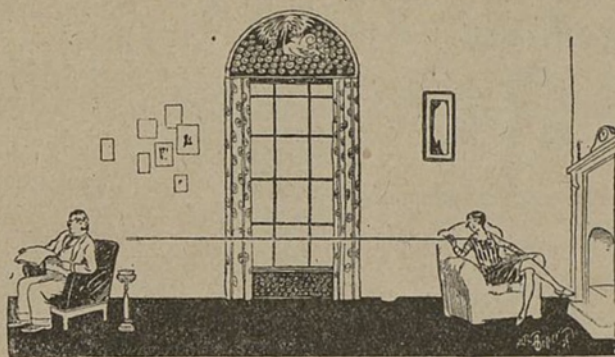
Un "paletto" vino a Madrid, siendo invitado a tomar café por un estudiante también de su pueblo, pero que ya llevaba varios años en la capital.

—¿Qué va a ser?—interrogó el camarero al verlos.

—Un "blanco y negro"—contestó el estudiante.

—¿Y usted?—vuelve a preguntar al "paletto".

Y éste, creyendo que hay cos-



LAS LARGAS BOQUILLAS DE MODA

—Papá, ¿tienes la bondad de encenderme el cigarro, que estoy cansada?

(De London Opinion.)

tumbre de pedir un periódico. contesta en tono despectivo:

—¡A mí tráigame "osté" el BUEN HUMOR!

K. K. U. ET. (Madrid).

En la peluquería:

Después que el peluquero ha dado una cortada a un cliente, éste le dice:

—Diga usted, maestro, ¿corta bien esa navaja?

—Sí, señor.

—Pues a ver si me corta usted la sangre.

Manuel Real (San Sebastián).

Buena propaganda:

La portera, a los nuevos inquilinos.—Ya ven ustedes si será tranquila la casa, que los últimos inquilinos de ella fueron asesinados a mediodía y nadie se enteró.

Dos primos (Madrid).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite



El.—Ya tengo los billetes, los sitios tomados y el equipaje en el vagón.

Ella.—Pues sácalo todo. En el mismo departamento viaja una señora con un sombrero igual al mío.

(De The Passing Show, Londres.)

Entre amigas íntimas:
—Acabo de ver a tu marido y me ha dado una cosa para ti.
—¿De veras? ¿Que te dió?
—Un beso.
P. P. Martinez (Zaragoza).

En el Casino de Biarritz:
—Nicanor, no puedo perder más tiempo. Tengo que bañarme.
—¿Y para qué, hombre? ¡Si ya te están limpiando aquí!
El terrible murmurador (Ceuta).

CANAS

AGUA DE COLONIA
HIGIENICA
LA CARMELA
ELABORACION ESPECIAL
LOPEZ CARO

Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince dias de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

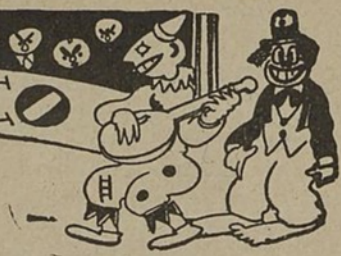
LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

CUPON

correspondiente al n.º 411 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con el nombre del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste el nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SCL, 13.

Una portera corre a casa del doctor y exclama:

—¡Qué desgracia, doctor! ¡Mi marido se ha vuelto loco!

—¿Tiene alguna manía?

—Sí, señor. Tiene monomanía de grandezas; se le figura que le van a nombrar cobrador de tranvías.

Manuel Carbajosa (León).

¡Los hay testarudos!

Un baturro vino de un intrincado pueblo de la montaña a la ciudad con el solo objeto de presenciar una corrida de toros, pues no las había visto nunca.

Una vez que nuestro hombre se acomodó en el tendido, esperó a que empezase, mirando con curiosidad las muchas "cosicas" que allí había. El primer toro, apenas pisó la arena, se declaró completamente manso, huyendo de capotes, caballos y hasta de sus propios pitones. Los espectadores, sacando sus pañuelos clamaban indignados:

—¡Fuego, señor presidente, fuego!

El paleta, que hasta entonces estaba callado mirando con interés las incidencias de la lidia, al oír aquello levantóse de su asiento completamente descompuesto y se encaró con los espectadores:

—¡Pero, granujicas! Si hay fuego, ¿por qué os empeñáis en avivarlo haciendo aire con el pañuelico?...

Alfonso Mari Martínez (Alicante).

Entre militares:

El sargento.—¿Por qué se come usted las palabras al hablar?

El soldado (que es andaluz).—

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

El dueño de una tienda de "ropa blanca", titulada "La China", comenta con el dependiente de su establecimiento la inauguración de otra tienda similar que han abierto una puerta más arriba y cuyo título es: "Neptuno. Ropas blancas".

El dependiente.—No se apure, don Eleuterio; el competidor nos hará poca "mella": en sedas, nadie como "La China"; para flecos, "La China"...

El amo.—Si, pero en enaguas nos acribilla. Todas las señoras dirán: "¿Enaguas? ¡Neptuno!"

Carlos Atienza (Madrid).

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 pts.

Pue mire uzte, mi zargento: por- que no me harto e rancho.

J. de G. C. (El Ferrol).

Intento de suicidio:

El comisario.—¿Qué causas le

han inducido a usted a tirarse a río?

El aspirante a suicida.—Dis- gus'ts conyugales, señor comisa- rio. Mi mujer me contradice en todo; y cansado ya de que me



—Si te callas te doy una perra.

—Para perra, la que tengo...

(De Punch, Londres.)

lleve la contraria, me arrojé al río para que me llevase la corriente.

El carbonero (Madrid).

En el cuartel:

El sargento instructor pregunta a un recluta:

—¿Qué tratamiento tiene un general?

—Vuecencia.

—¿Y un coronel?

—Usía.

—¿Y un cardenal?

—Arnica.

Arsenio Vinagre (Madrid).

Un camarero, al decirle un señor que le despierte por la mañana, le dice:

—No tengo por qué despertarlo. El gallo lo hará por mí.

El huésped (distráido).—Bueno; póngalo usted a las cinco en punto.

P. P. La K. (Echevarria, Vizcaya).

CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito.

Modelos desde 2,85 pesetas.

ROMERO. — Fuencarral, 68.

El mendigo.—Soy literato, señor; he escrito un libro titulado "Las doce maneras de vivir sin trabajar".

El señor.—¿Y por qué pide limosna?

El mendigo.—Porque es una de las doce maneras.

Carlos de León.

—¿Cuál es el colmo de un pescador goloso?

—¡Pescar con caña de azúcar en aguas dulces!...

Hércules (Enguera).

En el piso segundo, un profesor de piano da lecciones a una joven. En el piso primero, un señor se pone a limpiar su pis-

tola, se le escapa un tiro, agujerea el techo y traspasa la mano del músico y la nalga de la jovencita. Llega la Policía y le pregunta:

—¿Pero qué tocaba usted en el momento de sonar el tiro?

—Tocaba piano...

—¿Qué va usted a tocar piano! Usted tocaba *crescendo*.

Flor de Loto (Logroño).

El jefe.—Don Policarpo, ¿qué es lo que le ha pasado, que faltó ayer en la oficina?

Don Policarpo.—Pues, señor, que tuve una reyerta con mi suegra, que siempre me está recriminando ¡que si soy poco amante del trabajo!, ¡que no me gusta trabajar!, ¡que soy un vago! Y va y me da un golpe en la nariz...

El jefe.—Bueno; pero todo eso no es motivo para faltar a la oficina.

Don Policarpo.—Sí, señor; porque yo, enfadado ya, la dije: ¡Como se me hinchen las narices, no voy a la oficina!

Enrique Soto y Soto.

—Hijita, ¿con que no quieres casarte con Ricardo?

—No, mamá, porque es un incrédulo y dice que no existe el infierno.

—No te apures por eso; cástate, y ya verás qué pronto te hacemos cambiar de opinión.

José M. Conde.

Entre desesperados:

—Ná, que no pueo vivir, y yo me cargo a un tío pa comer gratis diecisiete años.

—¡Quita de ahí! Si haces una caricia a una señora en la Gran Vía, te banquetean toda la vía.

Fot (Zaragoza).

—Chico, voy a mandar un artículo a un periódico.

—A lo mejor te lo publican a los cuatro años.

—¿Y te parece poco tener un artículo publicado a los cuatro años?

Eusebio Alvarez Alzaga (Madrid).

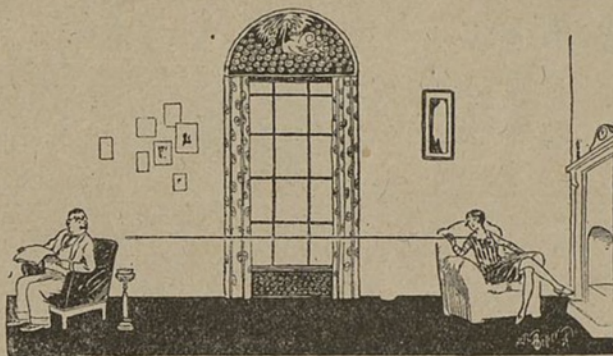
Un "paleta" vino a Madrid, siendo invitado a tomar café por un estudiante también de su pueblo, pero que ya llevaba varios años en la capital.

—¿Qué va a ser?—interrogó el camarero al verlos.

—Un "blanco y negro"—contestó el estudiante.

—¿Y usted?—vuelve a preguntarle al "paleta".

Y éste, creyendo que hay cos-



LAS LARGAS BOQUILLAS DE MODA

—Papá, ¿tienes la bondad de encenderme el cigarro, que estoy cansada?

(De London Opinion.)

tumbre de pedir un periódico. contesta en tono despectivo:

—¡A mí tráigame "osté" el GÜEN HUMOR!

K. K. U. ET. (Madrid).

En la peluquería:

Después que el peluquero ha dado una cortada a un cliente, éste le dice:

—Diga usted, maestro, ¿corta bien esa navaja?

—Sí, señor.

—Pues a ver si me corta usted la sangre.

Manuel Real (San Sebastián).

Buena propaganda:

La portera, a los nuevos inquilinos.—Ya ven ustedes si será tranquila la casa, que los últimos inquilinos de ella fueron asesinados a mediodía y nadie se enteró.

Dos primos (Madrid).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.

FUENCARRAL, 26, y MONTERA, 15, primeros

Remitimos figurines a quien lo solicite



El.—Ya tengo los billetes, los sitios tomados y el equipaje en el vagón.

Ella.—Pues sácalo todo. En el mismo departamento viaja una señora con un sombrero igual al mío.

(De The Passing Show, Londres.)

Entre amigas íntimas:
—Acabo de ver a tu marido y me ha dado una cosa para ti.
—¿De veras? ¿Que te dió?
—Un beso.
P. P. Martínez (Zaragoza).

En el Casino de Biarritz:
—Nicanor, no puedo perder más tiempo. Tengo que bañarme.

—¿Y para qué, hombre? ¡Si ya te están limpiando aquí!
El terrible murmurador (Ceuta).

CANAS

Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera.

Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

CUPON

correspondiente al n.º 411 de BUEN HUMOR que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



M. F. M. (Madrid). — Lo malo de usted, no es que sea un pedazo de bruto inenarrable (que lo es usted y gordísimo); lo malo es que no pone el menor empeño en disimular su brutalidad, y, debido a eso, se la hemos conocido a las primeras líneas de su trabajo. Lo sentimos de un modo como no puede usted figurarse, pero no podemos hacer nada más que ponernos tristes como nos hemos puesto.

Horacio (Burgos).

Mi querido amigo Horacio: si quieres producir risa al lector hosco y reacio, has de escribir más despacio y no escribir tan de prisa. Quiere esto decir que tienes relativas condiciones para hacer alguna cosilla viable, en cuanto te fijes un poco más y no tengas tanta impaciencia en acabar tus cuentos. Se ve en la forma de tu letra que te apremiaba el tiem-

**Para camisas a la medida
Madrid-Viena
Montera, 41.—Tel. 16662**

po. ¿Es que te esperaba la novia, o es que estabas escribiendo en la oficina y temías la aparición del terrible jefe del Negociado? ¿Porque algo de eso es, indudablemente! Aquí somos bastante linceos y no solemos equivocarnos en nuestras deducciones!

G. M. A. (Bilbao).—Eso de ¡Pobre madre!, si se refiriera a la de usted, que ha tenido la inmensa desgracia de darle a luz, estaría mucho más apropiado que refiriéndose a la de un caballero neutral, cuyas calamidades no nos interesan a nosotros ni tanto así.

Pocholete (Valladolid).

Su Defensa del cinema es una cosa muy mema.

C. N. D. (Madrid).

¡Me voy a jugar el resto! ha terminado en el cesto.

V. A. P. (Córdoba).

Las aventuras de Juan también en el cesto están.

Arrizabala (Guipúzcoa).— ¿Idiota que te estás o así? ¡Cesto que te chupas!

Pérez (Leganés).— Ahí, en Leganés, está usted muy bien. No se mueva de tan encantadora población, y tal vez será posible que consiga curarse de la catastrófica chaladura que le aqueja...

M. H. G. (Albacete).—No publicamos sonetos sueltos; ya lo dijimos otra vez.

S. B. J. (Zaragoza).—No tiene usted razón. Y, además de no tener razón, no tiene usted sentido común, que es lo más lastimoso e irremediable.

Carmelito (Madrid).—Dicho sea sin ánimo de esparcir nuestra guasa a costa de usted, *El cigarro* es bastante largo. Y da la insoportable casualidad de que en esta casa no fuma nadie... ¡Guárdese usted, pues, para mejor ocasión!...

E. de la Cuadra (Madrid).— ¡De la Cuadra y a la cuadra!... ¡Delicioso viaje de ida y vuelta, a precios reducidísimos y con parada en *Cestona*!... ¿Hay quien dé más?...

El de la pipa.— ¡Fume, compadre! ¡Fume y entreténgase, y no nos fastidie entreteniéndonos a nosotros, que tenemos cosas más

interesantes y sustanciosas que hacer!

S. M. P. (Bilbao).—El final del cuento es totalmente inadmisibles, porque ya hemos dicho varias veces que en este semanario se prohíbe hacer aguas, si no media una autorización especial del director, y, en este caso, ni media ni calcetín.

P. C. (Reus).—De su tardío elogio de Prim, le diré que a mí, ¡idem!... Y aun diciéndome esto, no le digo ni la millonésima parte de lo que se merecía usted.

R. L. M. (Zaragoza).— ¿Y eso es un cuento baturro?... ¡Eso lo que es, es un churro!...

Simona (Murcia).

Los dos cuentos de Simona, ¡ay!, se fueron a *Cestona*.

Pini (Madrid).

El artículo de Pini es algo *majaderín*.

Melgares (Valladolid).

Son atroces de vulgares las cuartillas de Melgares.

Rápida (Valencia de Alcántara (estación)).—No sirve.

N. T. (Huelva).— En su crónica titulada *El homicida* da la rimbombante casualidad de que el criminal no es el protagonista, sino usted, que presume de persona honradísima.

C. D. (Madrid).—Es cursi como comedia moral del teatro Infanta Isabel.

A. S. R. (Valencia).—Bien se ve que *El cisne de Lohengrin* está hecho por un soberano ganso. Reciba usted nuestra colosal enhorabuena.

Zeda (Barcelona).— ¿Un bombo a la infeliz *Chelito*?... ¡Hombre, eso es gana de perjudicar a la muchacha!...

C. T. L. (Avila).—Con entera y sincerísima franqueza le comunicamos que *La brutalidad de Anastasio* es, en efecto, una brutalidad... ¡De Anastasio, de usted y de órdago a la grande!

Longo y Longinos (Sevilla).

Amigos Longo y Longinos: son ustedes dos cochinos.

J. A. (Zamora).—El cuento es bastante viejo; pero, además, no tiene ni una perra gorda de sal, y váyase lo uno por lo otro: la mucha edad por la poca gracia...

Capcioso (Madrid).

No lo niegues por modestia ni lo disimules más. ¡Eres un solemne bestia por delante y por detrás!

M. L. C. (Málaga).—La Censura no dejaría pasar eso.

Y nosotros no lo dejamos pasar tampoco.

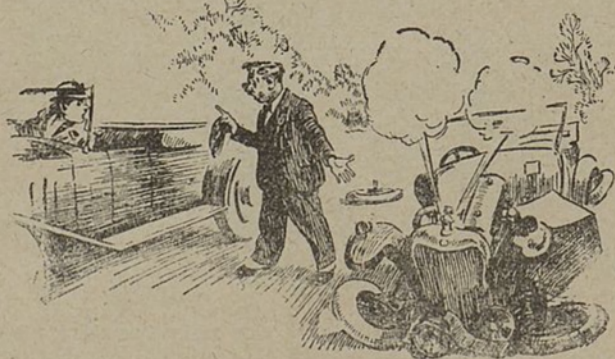
De modo que como no se lo pase a usted Marcial Lalanda, está usted apañado.

D. E. F. (Getafe).—No podemos complacerle publicando sus versos a su suculenta novia. Léaseles a ella, que es mucho más rápido y sencillo.

Gondolero (Valencia).

¡Gondolero! ¡Gondolero! ¡Has metido el remo entero!!

Casiano (Badajoz).— No osaremos decir que es usted un idiota, Dios nos libre; pero que tiene usted la desgracia de parecerlo, eso sí que no tenemos más remedio que hacerlo presente en este público lugar.



—¿Quiere usted hacer el favor de acercarse a ver mi coche y observar por qué no arranca?

(De *Cándide*, París.)



CREMA

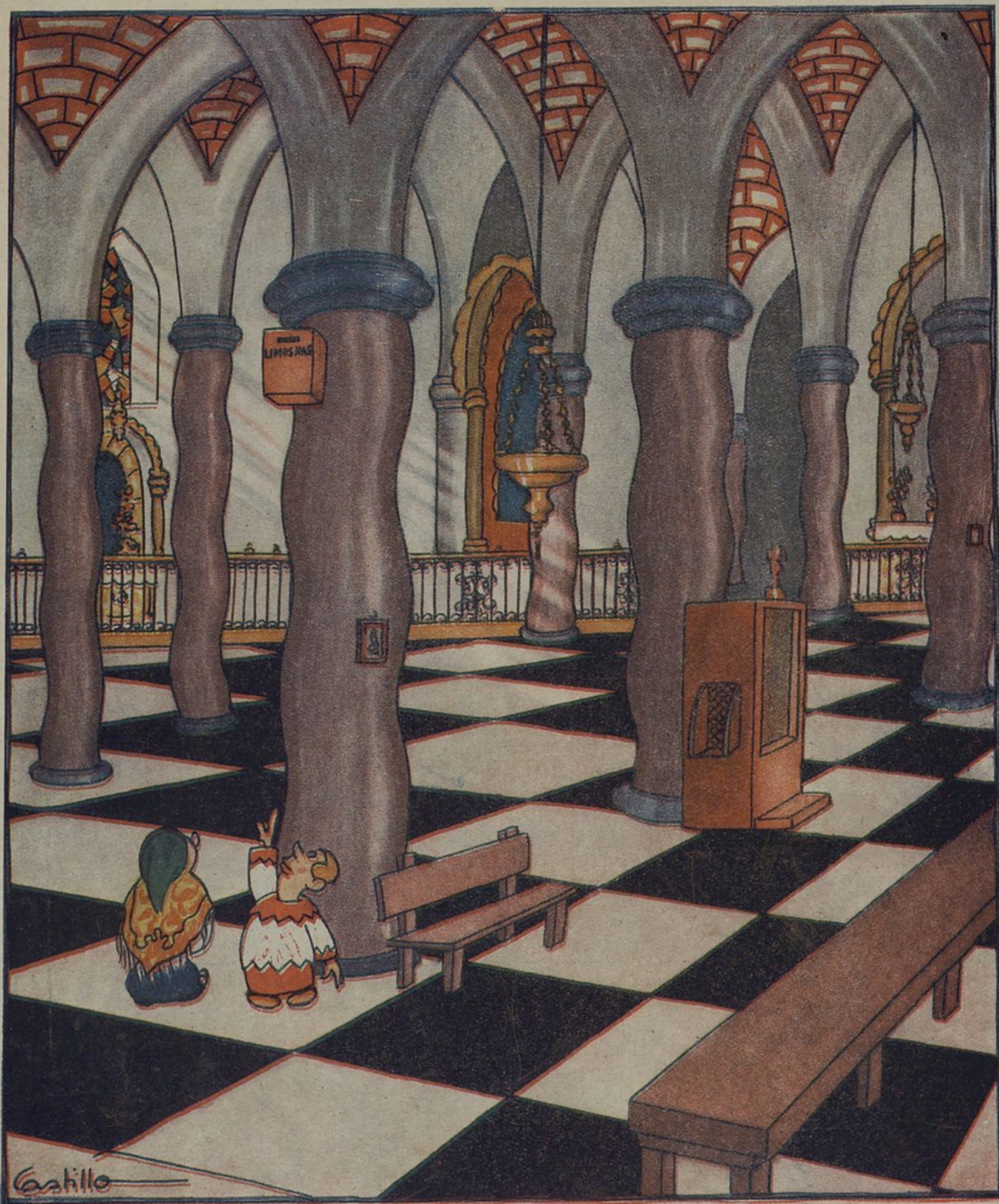
LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. = MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



—Oye, Pedrito, ¿se puede saber dónde está el cepillo de las ánimas?

—No se lo diga usted a nadie; pero lo he puesto allá arriba para que no se lo lleven los rateros.

Dib. CASTILLO.—Madrid.